

Khaled Hosseini

Y LAS MONTAÑAS  
HABLARON



salamandra

Traducción del inglés de  
Patricia Antón de Vez y Rita da Costa

Título original: *And the Mountains Echoed*

Ilustraciones de la cubierta: iStockphoto / Shutterstock  
Cubierta basada en el diseño original de David Mann

*Copyright © 2013 by Khaled Hosseini and Roya Hosseini,  
as Trustees of The Khaled and Roya Hosseini Family  
Charitable Remainder Unitrust No. 2 dated February 29, 2012. All rights reserved.  
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2013*

Copyright del epígrafe de Coleman Barks

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.  
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99  
[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-543-4  
Depósito legal: B-16.505-2013

1ª edición, septiembre de 2013  
*Printed in Spain*

Impreso y encuadernado en:  
RODESA - Pol. Ind. San Miguel. Villatuerta (Navarra)

*Este libro está dedicado a Haris y Farah,  
ambos la nur de mis ojos, y a mi padre,  
que se habría sentido orgulloso*



*Para Elaine*



*Más allá de cualquier idea  
de buenas o malas obras  
se extiende un campo.  
Nos encontraremos allí.*

JALALUDDIN RUMI,  
siglo XIII





# 1

## *Otoño de 1952*

Muy bien, si queréis una historia, os contaré una historia. Pero sólo una. Que ninguno de los dos me pida más. Ya es tarde, y tú y yo tenemos un largo día de viaje por delante, Pari. Esta noche tendrás que dormir. Y tú también, Abdulá. Cuento contigo, hijo, mientras tu hermana y yo estemos lejos. Y tu madre también. Vamos a ver. Una historia. Escuchadme los dos, escuchadme bien y no me interrumpáis.

Había una vez, en los tiempos en que *divs*, *yinns* y gigantes vagaban por estas tierras, un granjero cuyo nombre era Baba Ayub. Vivía con su familia en una aldea llamada Maidan Sabz. Como tenía una numerosa familia que alimentar, Baba Ayub se dejaba la piel trabajando. Cada día, desde el alba hasta la puesta de sol, araba sin descanso, revolvía la tierra y cavaba y se ocupaba de sus escasos pistacheros. A todas horas podía vérselo en su campo, doblado por la cintura, con la espalda tan curvada como la hoz que blandía el día entero. Sus manos estaban siempre llenas de callos y a menudo le sangraban, y cada noche el sueño se lo llevaba en cuanto su mejilla tocaba la almohada.

Debo decir que, en ese aspecto, no era el único, ni mucho menos. La vida en Maidan Sabz era dura para todos sus habitantes. Hacia el norte había aldeas más afortunadas, situadas en valles con árboles frutales y flores, donde el aire era agradable y los arroyos traían aguas frescas y cristalinas. Pero Maidan Sabz

era un lugar desolado que nada tenía que ver con la imagen que evocaba su nombre, Prado Verde. Estaba emplazada en una llanura polvorienta y rodeada por una cadena de escarpadas montañas. El viento era caliente y te arrojaba polvo a los ojos. Encontrar agua era una lucha cotidiana, porque los pozos de la aldea, incluso los más profundos, solían estar casi secos. Sí, había un río, pero los aldeanos tenían que caminar medio día para llegar hasta él y sus aguas discurrían lodosas todo el año. En aquel momento, tras diez años de sequía, también el río estaba prácticamente seco. Digamos pues que la gente de Maidan Sabz trabajaba el doble para arañar la mitad.

Sin embargo, Baba Ayub se consideraba afortunado, porque tenía una familia a la que adoraba. Amaba a su mujer y nunca le levantaba la voz, y mucho menos la mano. Valoraba sus consejos y su compañía le producía verdadero placer. En cuanto a hijos, Dios le había dado tantos como dedos tiene una mano, tres varones y dos niñas, y los quería muchísimo a todos. Las hijas eran obedientes y bondadosas, tenían buen carácter y eran muy decentes. A los varones, Baba Ayub les había enseñado ya valores como la honestidad, la valentía y el trabajo duro sin rechistar. Lo obedecían como hacen los buenos hijos, y ayudaban a su padre con la cosecha.

Aunque los quería a todos, en su fuero interno Baba Ayub sentía una debilidad especial por el más pequeño, Qais, de tres años. Qais tenía los ojos de un azul oscuro. Cautivaba a quienes lo conocían con su pícara risa. Era uno de esos niños que rebosan tanta energía que consumen la de los demás. Cuando aprendió a caminar, le gustó tanto que se dedicó a hacerlo el día entero, pero entonces, por inquietante que parezca, empezó a caminar también por las noches, mientras dormía. Se levantaba sonámbulo y salía de la casa de adobe para vagar por la penumbra iluminada por la luna. Eso preocupaba a sus padres, como es natural. ¿Y si se caía a un pozo, o se perdía o, peor incluso, lo atacaba una de las criaturas que acechaban en la llanura por las noches? Probaron muchos remedios, pero ninguno funcionó. Por fin, Baba Ayub encontró una solución muy simple, como suelen serlo las mejores soluciones: cogió un pequeño cascabel que llevaba una

de sus cabras y se lo colgó del cuello a Qais. De ese modo, el cascabel despertaría a alguien si el niño se levantaba en plena noche. Al cabo de un tiempo dejó de caminar sonámbulo, pero le había cogido apego al cascabel y no quiso que se lo quitaran. Y así, aunque ya no cumpliera con su cometido original, el cascabel siguió sujeto al cordel que rodeaba el cuello del niño. Cuando Baba Ayub llegaba a casa tras una larga jornada de trabajo, Qais corría hasta hundir la cara contra el vientre de su padre, con el cascabel tintineando al compás de sus pequeños pasos. Baba Ayub lo cogía en brazos y lo llevaba al interior. Qais miraba con mucha atención cómo se lavaba su padre, y luego se sentaba a su lado en la cena. Cuando acababan de comer, Baba Ayub tomaba el té sorbo a sorbo, observando a su familia e imaginando que un día sus hijos se casarían y le darían nietos, y él se convertiría en orgulloso patriarca de una extensa prole.

Pero, ¡ay!, Abdulá y Pari, entonces los días de felicidad de Baba Ayub tocaron a su fin.

Resultó que un día llegó un *div* a Maidan Sabz. Se acercaba a la aldea desde las montañas y la tierra se estremecía con cada una de sus pisadas. Los aldeanos soltaron sus palas, azadas y hachas y huyeron corriendo. Se encerraron en sus casas y se acurrucaron con los suyos. Cuando los ensordecedores pasos del *div* se detuvieron, su sombra oscureció el cielo sobre Maidan Sabz. Según se dijo, de su cabeza brotaban unos cuernos curvos y tenía los hombros y la robusta cola cubiertos por un áspero pelo negro. Se dijo también que sus ojos eran rojos y brillantes. Comprenderéis que nadie supo si era así en realidad, al menos nadie que viviera para contarlo: el *div* se comía en el acto a quienes osaran mirarlo, aunque sólo fuera una rápida ojeada. Como lo sabían, los aldeanos tuvieron el buen tino de mantener la vista clavada en el suelo.

En la aldea todos sabían a qué había ido el *div*. Habían oído historias sobre sus visitas a otras aldeas, y sólo podían agradecer que Maidan Sabz hubiera pasado tanto tiempo sin atraer su atención. Quizá, supusieron, las vidas pobres y rigurosas que llevaban habían sido un punto a su favor, pues sus hijos no estaban bien alimentados y no tenían mucha carne en los huesos. Aun así, se les había acabado la suerte.

Todo Maidan Sabz temblaba y contenía el aliento. Las familias rezaban, suplicando que el *div* no se detuviera en su puerta, porque sabían que, si lo hacía, daría unos golpecitos en el techo y tendrían que entregarle un niño. El *div* metería entonces al niño en un saco, se lo echaría al hombro y se marcharía por donde había venido. Nadie volvería a ver nunca a aquel pobre crío. Y si una familia se negaba, el *div* se llevaba entonces a todos sus hijos.

¿Y adónde se los llevaba? Pues a su fortaleza, emplazada en la cima de una escarpada montaña. La fortaleza del *div* estaba muy lejos de Maidan Sabz. Para llegar hasta ella había que atravesar valles, varios desiertos y dos cadenas montañosas, ¿y qué persona en su sano juicio haría una cosa así, sólo para encontrar la muerte? Decían que allí había mazmorras con cuchillos de carnicero en las paredes y que grandes ganchos pendían de los techos. También que había hogueras y gigantescos pinchos para asar. Y era sabido que, si el *div* pillaba a un intruso, olvidaba su aversión a la carne de los adultos.

Supongo que ya adivináis en qué techo resonaron los temidos golpecitos del *div*. Al oírlos, un grito de angustia brotó de los labios de Baba Ayub y su esposa se desmayó. Los niños se echaron a llorar, de miedo y de pena, conscientes de que la pérdida de uno de ellos era inevitable. La familia tenía hasta el amanecer del día siguiente para hacer su ofrenda.

¿Qué puedo decir sobre la angustia que Baba Ayub y su mujer padecieron esa noche? Ningún padre debería afrontar una elección como ésa. Sin que los niños los oyeran, ambos debatieron qué hacer. Hablaron y lloraron, hablaron y lloraron. Durante toda la noche se pasearon de aquí para allá, y cuando el alba se acercaba no habían tomado aún una decisión; quizá era eso lo que quería el *div*, pues su vacilación le permitiría llevarse a los cinco hijos en lugar de uno. Por fin, Baba Ayub salió de la casa y cogió cinco piedras de forma y tamaño idénticos. Sobre cada una de ellas garabateó el nombre de uno de sus hijos, y luego las metió en un saco de arpillera. Cuando le tendió el saco a su mujer, ella retrocedió como si contuviera una víbora.

—No puedo hacerlo —le dijo a su marido negando con la cabeza—. No puedo ser yo quien elija. No lo soportaría.

—Yo tampoco —repuso Baba Ayub, pero vio a través de la ventana que sólo faltaban unos instantes para que el sol asomara por las montañas del este.

Se le acababa el tiempo. Miró a sus cinco hijos, sintiéndose muy desdichado. Había que cortar un dedo para salvar la mano. Cerró los ojos y sacó una piedra del saco.

Supongo que también adivináis qué piedra sacó Baba Ayub. Cuando vio el nombre escrito en ella, levantó el rostro hacia el cielo y soltó un alarido. Con el corazón destrozado, cogió en brazos a su hijo más pequeño, y Qais, que tenía una confianza ciega en su padre, le echó los brazos al cuello, feliz. Entonces, cuando su padre lo dejó en el suelo fuera de la casa y cerró la puerta, el niño por fin comprendió que algo no iba bien. Baba Ayub, con los ojos cerrados y las lágrimas derramándose, permaneció de espaldas contra la puerta mientras su querido Qais la aporreaba con sus pequeños puños, llorando y pidiéndole que lo dejara entrar.

—Perdóname, perdóname —musitó Baba Ayub cuando la tierra retumbó con las pisadas del *div*.

Su hijo gritaba desesperado y el suelo siguió estremeciéndose mientras el *div* se marchaba de Maidan Sabz. Después, todo quedó inmóvil y reinó el silencio, un silencio sólo roto por Baba Ayub, que continuaba llorando y pidiéndole a Qais que lo perdonara.

Abdulá, tu hermana se ha quedado dormida. Tápale los pies con la manta. Así, muy bien. Quizá debería dejarlo aquí, ¿no crees? ¿Quieres que siga? ¿Estás seguro, hijo? De acuerdo.

¿Por dónde iba? Ah, sí. Tras esos hechos terribles hubo un período de cuarenta días de luto. Todos los días, los vecinos preparaban comida para la familia y velaban con ellos. La gente les llevaba todo lo que podía: té, dulces, pan, almendras, y les ofrecía sus condolencias y su compasión. Baba Ayub apenas era capaz de pronunciar una palabra de agradecimiento. Sentado en un rincón, lloraba a mares, como si con sus lágrimas pretendiera mitigar la sequía que sufría la aldea. Nadie le habría deseado un tormento y un sufrimiento como los suyos ni al más vil de los hombres.

Transcurrieron varios años. Seguía sin llover y Maidan Sabz se volvió aún más pobre. Muchos niños murieron de sed en sus cunas. El nivel del agua en los pozos bajó todavía más y el río se secó, pero no el río de la angustia creciente de Baba Ayub, cada vez más dolorosa. Ya no era útil para su familia. No trabajaba, no rezaba, apenas comía. Su esposa y sus hijos le suplicaban, pero no servía de nada. Los varones que le quedaban tuvieron que ocuparse de su trabajo, pues día tras día Baba Ayub no hacía otra cosa que sentarse en el linde de su campo, una figura solitaria y desdichada con la mirada fija en las montañas. Dejó de hablar con los aldeanos porque tenía la sensación de que murmuraban a sus espaldas. Decían que era un cobarde por haber entregado voluntariamente a su hijo, que no tenía aptitudes para ser padre. Un padre capaz se habría enfrentado al *div*, habría muerto defendiendo a su familia.

Una noche le comentó esas cosas a su mujer.

—No dicen nada de eso —respondió ella—. Nadie piensa que seas un cobarde.

—Pero yo los oigo —insistió él.

—Lo que oyes es tu propia voz, esposo mío —repuso su mujer.

No obstante, no le contó que los aldeanos sí andaban susurrando a sus espaldas, pero lo que decían era que quizá se había vuelto loco.

Y entonces, un día, Baba Ayub les demostró que así era. Sin despertar a su esposa ni a sus hijos, metió unos mendrugos de pan en una bolsa de arpillera, se puso los zapatos, se ató la hoz al cinto y partió.

Anduvo durante días y días. Caminaba hasta que el sol no era más que un leve resplandor rojizo en el horizonte. Pernoctaba en cuevas con el viento silbando fuera. Otras veces dormía en las riberas de los ríos, bajo los árboles y al abrigo de peñascos. Se acabó el pan y entonces comía lo que encontraba: bayas, hongos, peces que atrapaba con las manos en los ríos, y algunos días ni siquiera comía, pero continuó caminando. Si pasaba gente y le preguntaba adónde iba, él se lo contaba; algunos se reían, otros apretaban el paso temiendo que fuera un loco, y otros rezaban

por él porque el *div* también les había arrebatado un hijo. Baba Ayub seguía caminando, cabizbajo. Cuando los zapatos se le deshicieron, se los ató con cordel a los pies, y cuando los cordeles se rompieron, siguió adelante descalzo. Y así cruzó desiertos, valles y montañas.

Por fin llegó a la montaña en cuya cima se emplazaba la fortaleza del *div*. Tan ansioso estaba por concluir su misión que no se detuvo a descansar, sino que emprendió de inmediato el ascenso, con la ropa hecha jirones, los pies ensangrentados y el cabello lleno de polvo, pero sin que su resolución se hubiera quebrantado un ápice. Las ásperas rocas le lastimaban los pies, unos halcones le picotearon la cara cuando pasó junto a su nido, y violentas ráfagas de viento amenazaban con arrancarlo de la ladera de la montaña. Mas él siguió trepando, de una roca a la siguiente, hasta que por fin se encontró ante las enormes puertas de la fortaleza del *div*.

Baba Ayub arrojó una piedra contra las puertas y entonces oyó el bramido del *div*:

—¿Quién osa molestarme?

Baba Ayub pronunció su nombre y añadió:

—Vengo de la aldea de Maidan Sabz.

—¿Tienes ganas de morir? ¡Sin duda las tienes, si has venido hasta mi morada a importunarme! ¿Qué se te ofrece?

—He venido a matarte.

Hubo un breve silencio al otro lado de las puertas. Y entonces, con un chirriar de goznes, los batientes se abrieron y apareció el *div*, alzándose imponente sobre Baba Ayub en toda su espeluznante envergadura.

—No me digas —repuso con su voz de trueno.

—Así es —confirmó Baba Ayub—. De un modo u otro, uno de los dos va a morir hoy.

Por un instante pareció que el *div* iba a derribarlo y acabar con él de un solo mordisco con aquellos dientes afilados como dagas. Pero algo hizo titubear a la criatura, que entornó los ojos. Quizá fue la locura que traslucían las palabras de aquel anciano. Quizá fue su aspecto, con su atuendo hecho jirones, el rostro ensangrentado, el polvo que lo cubría de la cabeza a los pies, las

heridas que le laceraban la piel. O quizá fue que el *div* no captó el menor miedo en los ojos de aquel hombre.

—¿De dónde dices que vienes?

—De Maidan Sabz —declaró Baba Ayub.

—Pues debe de estar muy lejos esa Maidan Sabz, por la pinta que tienes.

—No he venido hasta aquí para charlar. He venido a...

El *div* levantó una garra.

—Sí, sí. Has venido a matarme. Ya lo sé. Pero sin duda me concederás unas últimas palabras antes de acabar conmigo.

—De acuerdo —repuso Baba Ayub—. Pero que sean pocas.

—Te lo agradezco. —El *div* sonrió de oreja a oreja—. ¿Puedo preguntarte qué mal te he infligido para merecer la muerte?

—Me arrebataste mi hijo pequeño. Era lo que más quería en el mundo.

El *div* soltó un gruñido y se dio unos golpecitos en la barbilla.

—He quitado muchos niños a muchos padres —repuso.

Furioso, Baba Ayub empuñó la hoz.

—Entonces los vengaré a ellos también.

—Debo decir que tu valor me produce cierta admiración.

—Tú no sabes nada sobre el valor —replicó Baba Ayub—.

Para que exista el valor tiene que haber algo en juego. Yo he venido aquí sin nada que perder.

—Aún puedes perder tu vida —le recordó el *div*.

—Eso ya me lo quitaste.

El *div* volvió a soltar un gruñido y estudió a Baba Ayub con expresión pensativa. Al cabo, dijo:

—De acuerdo. Te concederé batirte en duelo conmigo. Pero, primero, te pido que me sigas.

—Date prisa —repuso Baba Ayub—, se me ha acabado la paciencia.

El *div* se dirigía ya hacia un gigantesco corredor, así que no le quedó otra opción que seguirlo. Fue detrás del *div* a través de un laberinto de pasillos, de techos tan altos que casi rozaban las nubes y sostenidos por enormes columnas. Pasaron por muchos huecos de escaleras y cámaras suficientemente grandes para contener toda Maidan Sabz. Siguieron caminando hasta que por fin



el *div* se detuvo en una espaciosa habitación, al fondo de la cual había una cortina.

—Acércate —pidió.

Baba Ayub así lo hizo, hasta que estuvo a su lado.

El *div* recorrió la cortina. Tras ella había un ventanal de cristal que daba a un gran jardín bordeado de cipreses y lleno de flores multicolores. Había estanques de azulejos azules, terrazas de mármol y exuberantes explanadas verdes. Baba Ayub vio setos bellamente recortados y fuentes que borboteaban a la sombra de granados. Ni en tres vidas enteras podría haber imaginado un lugar tan hermoso.

Pero lo que de verdad desarmó a Baba Ayub fue el espectáculo de los niños que corrían y jugaban felices en aquel jardín. Se perseguían unos a otros por los senderos y en torno a los árboles. Jugaban al escondite entre los setos. Baba Ayub buscó con mirada ansiosa y por fin encontró lo que buscaba. ¡Allí estaba! Su hijo Qais, vivo y con un aspecto inmejorable. Había crecido y tenía el cabello más largo de lo que su padre recordaba. Vestía una preciosa camisa blanca y unos bonitos pantalones. Y reía encantado mientras perseguía a un par de compañeros de juego.

—Qais —susurró Baba Ayub empañando el cristal con su aliento, y luego repitió el nombre de su hijo a pleno pulmón.

—No puede oírte —dijo el *div*—. Ni verte.

Baba Ayub empezó a dar saltos haciendo aspavientos con los brazos y golpeó con los puños el cristal, hasta que el *div* volvió a correr la cortina.

—No lo entiendo —dijo Baba Ayub—, creía que...

—Ésta es tu recompensa —interrumpió el *div*.

—Explícate —exigió Baba Ayub.

—Te sometí a una prueba.

—¿A una prueba?

—Una prueba de tu amor. Fue un reto muy severo, lo reconozco, y no creas que no sé lo mucho que te ha hecho sufrir. Pero has superado la prueba. Ésta es tu recompensa, y la suya.

—¿Y si no hubiera elegido? —exclamó Baba Ayub—. ¿Y si no hubiera querido saber nada de esa prueba tuya?

—Entonces todos tus hijos habrían muerto, pues habría caído sobre ellos la maldición de tener un padre débil; un cobarde que preferiría verlos morir a todos antes que llevar una carga en la conciencia. Has dicho que no tienes valor, pero yo lo veo en ti. Es necesario valor para hacer lo que has hecho, para que decidieras llevar esa carga sobre las espaldas. Y te honro por ello.

Baba Ayub blandió débilmente la hoz, pero se le escurrió de la mano y cayó al suelo de mármol con estrépito. Las rodillas le flaquearon y tuvo que sentarse.

—Tu hijo no se acuerda de ti —prosiguió el *div*—. Ésta es ahora su vida, y ya has visto qué feliz es. Aquí se le proporcionan la mejor comida y las mejores ropas, amistad y cariño. Se lo instruye en las artes y las lenguas, en las ciencias y en el ejercicio de la sabiduría y la caridad. No le falta nada. Algún día, cuando sea un hombre, es posible que decida marcharse, entonces será libre de hacerlo. Intuyo que cambiará muchas vidas con su generosidad y dará felicidad a quienes estén sumidos en la desdicha.

—Quiero verle —dijo Baba Ayub—. Quiero llevármelo a casa.

—¿De veras?

Baba Ayub alzó la vista hacia el *div*.

La criatura se acercó a un armario que había cerca de la cortina y de un cajón sacó un reloj de arena. ¿Sabes qué es un reloj de arena, Abdulá? Sí, lo sabes. Bueno, pues el *div* cogió el reloj de arena, le dio la vuelta y lo dejó a los pies de Baba Ayub.

—Permitiré que te lo lleves a casa —dijo el *div*—. Si ésa es tu decisión, nunca podrás regresar aquí. Si decides no llevártelo, serás tú quien no podrá volver nunca. Cuando toda la arena se haya vertido, vendré a preguntarte qué has decidido.

Dicho esto, el *div* salió de la habitación dejándolo ante otra dolorosa elección.

«Me lo llevaré a casa», pensó Baba Ayub al instante. Era lo que más deseaba, con cada fibra de su ser. ¿No lo había imaginado mil veces en sus sueños? ¿Que volvía a abrazar al pequeño Qais, que lo besaba en la mejilla y volvía a sentir la suavidad de sus manitas entre las suyas? Sin embargo... Si se lo llevaba a casa, ¿qué clase de vida tendría en Maidan Sabz? Como mucho,

la dura vida de un granjero, como la suya, y poco más. Eso si no moría por culpa de la sequía, como les pasaba a tantos niños en la aldea. «¿Podrías perdonarte entonces? —se dijo Baba Ayub—. ¿Sabiendo que lo arrancaste, por tus propias y egoístas razones, de una vida de lujo y oportunidades?» Por otra parte, si se marchaba sin Qais, ¿cómo soportaría saber que su hijo estaba vivo, saber dónde estaba y sin embargo tener prohibido verlo? ¿Cómo iba a soportar algo así? Baba Ayub se echó a llorar. Se sintió tan descorazonado que levantó el reloj de arena y lo arrojó contra la pared, donde se hizo añicos y derramó su fina arena por el suelo.

El *div* volvió a la habitación y encontró a Baba Ayub ante los cristales rotos, con los hombros hundidos.

—Eres una bestia cruel —declaró Baba Ayub.

—Cuando uno ha vivido tanto tiempo como yo, descubre que la crueldad y la benevolencia no son más que tonos distintos del mismo color. ¿Has tomado ya tu decisión?

Baba Ayub se enjugó las lágrimas, recogió la hoz y se la ató al cinto. Se dirigió lentamente hacia la puerta, cabizbajo.

—Eres un buen padre —dijo el *div* al verlo marcharse.

—Ojalá ardas en los fuegos del infierno por lo que me has hecho —repuso Baba Ayub con desaliento.

Había salido de la habitación y enfilaba ya el pasillo cuando el *div* lo alcanzó.

—Toma esto —dijo, tendiéndole un frasquito de cristal que contenía un líquido oscuro—. Bébetelo durante el viaje a casa. Adiós.

Baba Ayub cogió el frasquito y se marchó sin decir una palabra más.

Muchos días después, su esposa estaba sentada en el linde del campo de la familia buscándolo con la mirada, como había hecho Baba Ayub tantas veces esperando ver a Qais. Cada día que pasaba sus esperanzas de que su marido volviese menguaban. Los aldeanos ya hablaban de Baba Ayub en pasado. Ese día, estaba sentada allí en la tierra, con una plegaria en los labios, cuando vio una figura delgada que se dirigía a Maidan Sabz desde las montañas. Al principio lo confundió con un derviche perdido, un hombre flaco y harapiento, de ojos hundidos y semblante

descarnado, y sólo cuando estuvo más cerca reconoció a su marido. El corazón le dio un vuelco de alegría y rompió a llorar de puro alivio.

Cuando se hubo lavado, y después de beber y comer lo suficiente, Baba Ayub guardó cama mientras los aldeanos lo rodeaban y le hacían preguntas.

—¿Dónde has estado, Baba Ayub?

—¿Qué has visto?

—¿Qué te ha ocurrido?

Él no podía contestarles, ya que no recordaba nada de su viaje, ni haber subido a la montaña del *div* o hablado con él, ni el magnífico palacio ni la gran habitación de las cortinas. Parecía haber despertado de un sueño ya olvidado. No recordaba el jardín secreto, ni a los niños, y sobre todo no recordaba haber visto a su Qais jugando en aquel jardín con sus amigos. De hecho, cuando alguien mencionó el nombre de Qais, Baba Ayub parpadeó desconcertado.

—¿Quién? —preguntó.

No recordaba haber tenido nunca un hijo llamado Qais.

¿Comprendes, Abdulá, que darle la poción que había borrado esos recuerdos fue un acto de piedad? Ésa fue la recompensa de Baba Ayub por haber superado la segunda prueba del *div*.

Aquella primavera, los cielos se abrieron por fin sobre Maidan Sabz. Lo que derramaron no fue la fina llovizna de los años anteriores, sino un aguacero en toda regla. Una tupida cortina de lluvia cayó del cielo, y la sedienta aldea se apresuró a recibirla con los brazos abiertos. Durante todo el día el agua tamborileó sobre los tejados y ahogó los demás sonidos del mundo. Gruesos goterones resbalaban de las puntas de las hojas. Los pozos se llenaron y el río creció. Las montañas del este reverdecieron. Brotaron flores silvestres y, por primera vez en muchos años, los niños jugaron sobre la hierba y las vacas pastaron ávidamente. Todos se sintieron jubilosos.

Cuando la lluvia cesó, hubo bastante trabajo que hacer en la aldea. Se habían desmoronado varias paredes de adobe, había tejados medio hundidos y tierras de cultivo convertidas en ciénagas. Pero, después de la devastadora sequía, la gente de Maidan

Sabz no estaba dispuesta a quejarse. Volvieron a levantar las paredes, repararon los tejados y drenaron los canales de riego. Aquel otoño, Baba Ayub produjo la cosecha de pistachos más abundante de su vida, y al año siguiente y al otro sus cosechas no hicieron sino aumentar de tamaño y calidad. En las grandes ciudades donde vendía sus mercancías, Baba Ayub se sentaba orgulloso tras las pirámides de pistachos, sonriendo de oreja a oreja como el hombre más feliz del mundo. Nunca volvió a haber sequía en Maidan Sabz.

No queda mucho que contar, Abdulá. Aunque quizá te preguntarás si alguna vez pasó por la aldea un apuesto joven jinete, en su búsqueda de grandes aventuras. ¿Se detuvo quizá a tomar un poco de agua, que ahora abundaba en la aldea, y se sentó a partir el pan con los aldeanos, quizá con el mismísimo Baba Ayub? No sé decirte, muchacho. Lo que sí puedo asegurar es que Baba Ayub vivió hasta convertirse en un hombre muy, muy viejo. Y que vio casarse a todos sus hijos, como había deseado siempre, y que éstos le dieron a su vez muchos nietos, cada uno de los cuales lo llenó de felicidad.

Y también puedo decirte que algunas noches, sin motivo aparente, Baba Ayub no podía dormir. Aunque ya era muy mayor, aún podía andar ayudándose de un bastón. Y así, esas noches insomnes, se levantaba de la cama con sigilo para no despertar a su mujer, cogía el bastón y salía de la casa. Caminaba en la oscuridad, con el bastón repiqueteando ante sí y la brisa nocturna acariciándole la cara. Había una piedra plana en el linde de su campo, y allí se sentaba. A menudo se quedaba una hora o más contemplando las estrellas y las nubes que pasaban flotando ante la luna. Pensaba en su larga vida y daba gracias por toda la generosidad y todo el gozo que le habían concedido. Sabía que querer más, ansiar todavía más, sería mezquino. Exhalaba un suspiro de felicidad y escuchaba el viento que soplaba de las montañas, el gorjear de las aves nocturnas.

Pero de vez en cuando le parecía distinguir algo más entre esos sonidos. Era siempre lo mismo: el agudo tintineo de un cascabel. No comprendía por qué debería oír un sonido así, allí solo en la oscuridad y con todas las ovejas y cabras durmiendo. Unas

veces se decía que eran imaginaciones tuyas, y otras estaba tan convencido de lo contrario que le gritaba a la oscuridad: «¿Hay alguien ahí? ¿Quién es? ¡Sal y deja que te vea!» Pero nunca obtenía respuesta. Baba Ayub no lo comprendía. Como tampoco entendía que, siempre que oía aquel tintineo, sintiera una oleada de algo parecido al coletazo de un sueño triste, y que lo sorprendiera cada vez como una inesperada ráfaga de viento. Pero luego pasaba, como todo acaba siempre por pasar.

Bueno, ya está, hijo. Éste es el final. No tengo nada que añadir. Y ya se ha hecho muy tarde; estoy cansado, y tu hermana y yo tenemos que levantarnos al amanecer. Así que apaga la vela, apoya la cabeza y cierra los ojos. Que duermas bien, hijo. Nos diremos adiós por la mañana.